ALFONSINA PAREDES



el indio LAUREANO MACHACA

El indio Laureano Machaka, esbozo biográfico de un líder, escrito por Alfonsina Paredes

Alfonsina Paredes

El indio Laureano Machaka

Ediciones I S L A
Casilla 4311
La Paz - Bolivia
1 9 7 7

En una rápida mirada a su alrededor comprende que todo está perdido, el pequeño grupo que había quedado junto a él se bate en retirada veloz. Angustiado, no tanto por perder su vida como por la deslealtad de sus compañeros, Laureano Machaka quiere jugarse todo por el todo y continúa disparando, pero las municiones de su rifle igual que las de la ametralladora se le agotaron.

Sin pensar dos veces con la esperanza de alcanzar las alturas de Puni y buscar refugio en uno de los caseríos de la meseta, emprende loca carrera. Pocos metros más allá del puente de Watahuaya aún está detenido un camión como esperándolo. El deseo de escapar se le agiganta y le hace lanzar con todo su vigor un "espérame", pero el conductor no se percata que Machaka al huír intenta abordar el vehículo y cuando éste se halla a dos metros arranca rápidamente. El corre y corre, por detrás le persigue una verdadera jauría humana para darle caza. Nunca alguien ha debido escapar con tanta agilidad, parece volar, sus pies apenas si tocan el suelo; arroja el arma inservible, se siente desfallecer jadea le falta la respiración nunca alcanzaría la cima de Puni.

¿Por qué me han abandonado? ¿Por qué los de Escoma no salieron a juntarse conmigo? Son las preguntas que martillean su cerebro ni siquiera piensa en el destino que le espera si sus perseguidores lo alcanzan. Una bala roza su cabeza y lo derriba al suelo, pero el instinto de conservación le da fuerzas para volver a levantarse y seguir huyendo tambaleándo de un lado para otro como

una marioneta descuajaringada. Las balas cruzan el aire sin dar en el blanco. Apesar de su cansancio Machaka sonríe y se dice "¡qué lebudos! ¡No saben ni dar en el blanco, cuántos hubiera matado ya!" Con ese optimismo agrandado por la misma desesperanza concibe la idea de revancha. "¡Carajo, estos vendidos de mierda ya me conocerán, de Puerto Acosta a La Paz el camino sembraré con sus cadáveres! ¡Cochinos cobardes!" Quiere detenerse y aspirar aire, siente los pulmones como bombas de ardiente fuego, el corazón en la garganta, y la lengua le parece agrandársele Más que monologar piensa "¿Podré resistir? ¿cuántas horas, días o años estoy escapando?" Apenas hace ademán de aminorar su huída, los gritos de sus enemigos se acercan y los disparos se cruzan como centellas. La persecución ha comenzado sólo minutos antes pero a él le parece un siglo.

En esa meseta cubierta de vegetación pardusca a ras del suelo la figura del hombre en loca carrera, parece una hoja solitaria arrastrada por el viento altiplánico que a la muerte equivocada lo lleva su destino fatal. Tres kilómetros ha recorrido cuando una ráfaga de ame-

tralladora le perfora los pulmones. La estocada de la muerte lo cerca, lo conduce a las fauces de lo desconocido. Una respiración de carne abierta y el grito aterido se ahoga en borbotones de sangre. En un traspiés se quiebra en dos el Presidente Aymara. Cómo le duele quedarse de bruces en la tierra, desmigajarse como un pequeño terrón de arcilla. Aprieta los dientes en porfía con el dolor y un muro de espanto le cierra la razón. Siente un vacío interior y una tremenda desesperanza. Su suerte está echada ya no podrá escapar a la realidad cruenta, de nada le servirá extender los brazos hacia los que considera sus hermanos. Le envuelve la incapacidad de pensar, está en el camino de la muerte, se sume en un insondable espacio negro, donde el quejido se convierte en silencio de dolor acorralado por los breñales de un frío que entumece todo su cuerpo. La sed se retuerce en su garganta, su corazón encalla en bandadas de latidos acelerados de desesperación, mientras la asfixia de ascuas jadeantes de la agonía parecen trazar el punto final del viaje.

Las lágrimas anegan los minutos de la conciencia, el alarido ronco se rom-

pe en un susurro. Toda clase de angustias le atormentan, su ser se precipita a los mil infiernos de la soledad y el desaliento. Se siente una criatura indefensa, presciente su derrota y tiene una profunda piedad por sí mismo. Desea redoblar sus esfuerzos para no caer en manos de sus enemigos, pero todos sus miembros están paralizados una debilidad física implacable se apodera de su cuerpo y solo desea emprender el camino del descenso sin fin. El gemido se pierde en su interior y se siente prisionero de un silencio mortal. La herida de la metralla lacera sus carnes con mil dentelladas de dolor, sus labios exangües, de los que cuelga un coágulo de sangre se mueven en palabras que se han quedado sin voz. Sus recuerdos se confunden no puede precisar si es un hombre agonizante abandonado en el desierto de las tinieblas de un padecer infinito. No hay escapatoria de la muerte ni de sus enemigos. Quiso sobrepujar a la suerte en la búsqueda ilusoria de una victoria para sus anhelos. Su presente mal aplasta su ambición de un futuro triunfante.

Los perseguidores se precipitan sobre el cuerpo de Machaka. La furia bestial se despierta en los hombres, afloran

todas las perversidades quien más, quien menos descarga golpes feroces al caído. La sangre forma un charco embarrando las míseras hierbas de ese suelo desolado como queriendo roturar la tierra reseca en un signo de perdón. La vida sigue alentando aquel espíritu que ayer nomás tuvo el quimérico sueño de recomenzar la obra de sus antepasados que se perdió en la inutilidad del olvido. Machaka ahí tendido como un grotesco muñeco perdido en la inconsciencia piadosa ya no siente dolor. Sus ojos se han cerrado, su boca entreabierta con un rictus de fatiga es como muda imprecación contra este mundo contradictorio de sufrimientos y vanas alegrías.

La historia o podría llamarse asombrosa aventura del indio Machaka comenzó un día de mediados del año 1956. Diremos en principio que se trataba de un hombre de unos 30 años oriundo de Puerto Acosta, provincia Camacho, departamento de La Paz. Descendiente de la extinguida nobleza aymara se había erigido como Presidente de la República Aymara con asiento en Puerto Acosta. Había aprendido a leer y escribir en una escuela rural, siendo más tarde labriego en la hacienda de propiedad de un blan-

coide. Cuando se dictó la Reforma Agraria y se organizaron los sindicatos campesinos fue designado por los campesinos de la región Secretario Ejecutivo de la Federación Provincial. Vale decir que en aquella época venía a ser dirigente máximo con prerrogativas especiales, cuya circunstancia le permitió nuclear sólidamente a los indígenas de la Provincia. Como es corriente en el ambiente político alternó con gentes de la ciudad, particularmente con miembros de partidos políticos de tendencia democrática y de izquierda, como no podía ser de otra manera con los que en esos momentos manejaban el Poder del Estado. Aprendió algunas consignas doctrinarias políticas y nociones de historia del pasado de su raza.

De este modo Machaka vino a ser en plena juventud un jefe con mando sobre miles de nativos. Acuciado por su ambición y dándose cuenta que numéricamente la masa india era superior a los blancoides y mestizos, dotado de inteligencia vivaz, vislumbró la posibilidad de crear un gobierno propio de indios, idea que ya había leído en algún libro. Si bien en un principio le pareció una quimera, con el correr de los días el

proyecto maduraba en su cerebro con obsesionante insistencia. Estaba consciente que los gobernantes disponían de la fuerza de las armas con un ejército bien organizado. Por otro lado tenía la convicción que los nativos indígenas eran mayoría con más de tres millones de habitantes, pero no poseían siquiera un arsenal. Ante estas evidencias la duda lo asaltaba contínuamente; los blancoides podrían aplastar y desbaratar cualquier intento de alzamiento.

Pero fueron los mismos blancoides y mestizos, militantes de partidos políticos quienes intuyendo las ambiciones de Machaka, alentaron sus proyectos le hicieron concebir la esperanza de crear una república india con sistemas político, económico y social propios. Indudablemente cada partido político abrigaba la esperanza de tomarlo bajo su tutela. Le proporcionaron algunos libros sobre la historia de la era incaica, cuya lectura obró poderosamente en su empeño. Se le entró entre ceja y ceja hacer renacer la época de sus antepasados como una forma de reinvindicación de su raza, sin tener en cuenta que la sociedad moderna no podía retroceder. Si sus aleccionadores habían sembrado

en su mente esta idea, que diariamente cobraba más vehemencia con el único fin de aprovechar las fuerzas combativas de Machaka y sus adeptos; él ya se había formado su propia concepción de lo que sería su gobierno de dictadura y discriminación racial.

Con intuición e inteligencia, características del indio, tomó los servicios de otros más letrados, que por supuesto no eran indígenas para ser asesorado en las cuestiones administrativas de su futura república aymara.

Comenzó por organizar a sus huestes calculada en un comienzo en unos dos mil. Todos convenientemente catequizados estaban dispuestos a matar y hacerse matar para imponerse. El plan fundamental fue establecer en su pueblo natal, Puerto Acosta, el nuevo gobierno con miras a extender y abarcar todo el país. Disponía de algún armamento que provenían de los que había distribuído el gobierno Central a todos los campesinos y también de la adquisición con dineros de las ramas (1). Tomó por asal-

(1) Rama es una contribución pecuniaria con carácter obligatorio que hacen los indios por órden de

to y sorpresa las reparticiones oficiales destituyendo a todas las autoridades. Los vecinos que no eran indios no se atrevieron a enfrentarse ni poner resistencia porque habría sido suicida, su número era desproporcionadamente inferior y no poseían armas. Tuvieron que bajar la cabeza ante el poder de Machaka. Continuó con el mismo sistema estatal del régimen central con la única diferencia que él se autonombró Presidente de la República de los indios, pretendiendo establecerse con carácter absolutista erigiéndose en dueño de vidas y haciendas. No se le ocurrió modificar la estructura gubernamental sobre bases de una sociedad acorde con la tradición legada por aymaras y queschuas y sistemas socio-económicos al servicio de las mayorías. Subsistieron las dependencias oficiales, como la subprefectura, Intendencia Policial, Alcaldía Municipal, Aduanas, Tránsito, etc. Designó como jefes y funcionarios a sus más íntimos colaboradores, a dirigentes de los sindicatos agrarios de la zona. La Subprefectura, Policía y Aduanas, cargos claves,

---

sus Amautas o dirigentes sindicales para obras de bien común o agasajar a un alto funcionario del Estado.

los concentró en sus manos, mientras que la Alcaldía Municipal estuvo dirigida por su esposa. Todos ellos sabían leer y escribir correctamente, este detalle parecería singular si tenemos en cuenta que en el país existe un alto porcentaje de analfabetos. Formó su guardia personal con indígenas bien entrenados en el manejo de armas y de confianza.

Las leyes del Estado se desconocieron completamente, la única ley que imperaba eran las órdenes dictadas por Machaka sin apelación. Vio que lo importante para hacer una realidad concreta de su república debía crear la base fundamental, es decir la economía. Y esta economía debía originarse en las rentas que provenían principalmente de los impuestos aduaneros. Puerto Acosta está situado en uno de los puntos fronterizos con el Perú que en ese entonces no contaba con un resguardo aduanero eficiente y por tanto venía a ser un lugar estratégico para el contrabando de mercaderías y el ingreso y salida del país de extranjeros y nacionales sin el control de documentos. Por tanto los ingresos económicos por pago de gabelas de importación, exportación y salida

de personas, se engrosaban con exacciones ilegales, circunstancia que supo aprovechar bien e incluso los métodos los hizo más autoritarios, de este modo las rentas tomaron proporciones apreciables, de las cuales el 70% iba a parar a la caja particular de él, el resto se destinaba al pago de sueldos a los funcionarios indígenas. Otro tanto, aunque en menor escala sucedía con los impuestos municipales.

Reorganizó rápidamente el sistema burocrático estatal de la provincia, ésta volvió a la normalidad y los habitantes, blancoides y mestizos con aberrante conformismo continuaron sus tareas cotidianas sumisamente. La policía a cargo de los indios día y noche ejercía estricta vigilancia. Nadie podía salir ni entrar a la población sin la autorización firmada por Machaka o su esposa. Mientras tanto el comercio entre Bolivia y el Perú seguía normalmente; los labriegos lugareños no interrumpieron sus actividades comerciales en los mercados de otras comarcas, incluyendo en las ciudades como La Paz, a donde llevaban sus productos, lo que permitía que el servicio de transporte motorizado prosiga normalmente. Los artículos alimenticios

que se llevaban de La Paz, el café, el arroz, fideos, aguardiente, vinos, cerveza y otros como refrescos, prendas de vestir, herramientas de labranza, eran vendidos en el almacén de Machaka que había instalado para este objeto, a precios rebajados bajo la vigilancia de la esposa, una linda criolla de unos 24 años, también letrada (algunas versiones indican que fue maestra rural).

Los vehículos y personas extrañas que ingresaban al pueblo con cualquier motivo pagaban un impuesto especial. En las transacciones que se realizaban en la frontera regía un régimen impositivo arbitrario, de acuerdo a las conveniencias del jefe aymara o según de quien se trataba.

De este modo desde que él se hizo cargo de la administración gubernamental la provincia adquirió cierto auge económico, hecho que permitió un nivel de vida superior al Presidente de la diminuta república aymara y sus colaboradores, podría decirse gozaban casi del mismo status de vida de la clase media de las ciudades. Por otro lado procedió a organizar un ejército, que al mes, ya contaba con unos cuatro mil indios y que

a la larga podía convertirse en una fuerza poderosa de centenas de miles. Pero la particularidad de este ejército era que no estaban preparados militarmente.

No se dormía en sus laureles, de acuerdo a los planes que se había propuesto conjuntamente con los de la plana mayor sindical campesina de la Provincia Camacho, comenzó a enviar emisarios encargados de convencer a todos los indígenas a un levantamiento masivo contra el Poder de los blancoides. Consideraba que la hora había llegado para los parias de ayer y de siempre. Visitaron las zonas cercanas de Muñecas, Charazani, Caupolicán, Omasuyos, luego irían más allá hasta llegar al último rincón del territorio. La obediencia campesina se comprometía fácilmente con el ejemplo de Puerto Acosta, donde los indios gobernaban con absoluta prescindencia del Gobierno de La Paz. Los emisarios eran bien recibidos por los indios y el apoyo a los planes del jefe era incondicional, despertándose el sentimiento racista ante la idea de la emancipación. La esperanza afloró en toda su magnitud y Machaka ya era considerado como un enviado de sus dioses: El Sol,

Viracocha, Pachamama, como libertador de su raza.

Entre tanto en las ciudades la república Aymara de Puerto Acosta pasaba desapercibida. En la sede del gobierno no se notaba ninguna inquietud ante las noticias del Poder absoluto que iba adquiriendo el llamado Presidente Aymara. Con el propósito de tener una idea exacta de lo que estaba ocurriendo, el Ministerio de Asuntos Campesinos enviaba comisiones de funcionarios de su dependencia a quienes en Puerto Acosta se los recibía con grandes honores mareándolos con múltiples agasajos, intentaban demostrar que ellos no hacían otra cosa que cumplir con las leyes de la Reforma Agraria. Los dirigentes campesinos, a decir de aquellos, se preocupaban de castigar el contrabando y evitar el ingreso al país de elementos perniciosos. Cuando se le reconvino por haber destituído a los funcionarios del Estado, respondía que lo hizo porque eran malos empleados proclives al soborno, cuyo comportamiento desprestigiaba a los Jefes de Estado. Además esgrimía el argumento más contundente: la Reforma Agraria y el voto universal concedía a los indios el derecho de

tomar parte en la conducción del país. Por otra parte la provincia tenía el noventa por ciento de población indígena. Los dirigentes sindicales mal podrían ser censurados de ejercer funciones públicas. Machaka socarronamente argüia "sólo estamos poniendo en práctica los postulados de nuestro partido que está en el Poder". Los enviados oficiales retornaban a la sede gubernamental convencidos que allá no existía nada que atente a las leyes vigentes ni al programa del gobierno. Además no veían ningún peligro en la actitud de aquel, se creía que quizás habría que permitir una experiencia de administración fiscal a los indígenas; experiencia que exportada publicitariamente al exterior mostraría la imagen de una nación eminentemente democrática que había alcanzado la integración india a la nación.

Pasaron dos o tres meses desde el día en que se había proclamado Presidente o nuevo Inca. Su poder en la provincia parecía totalmente consolidado, las regiones de Muñecas, Charazani, Caupolicán y adyacentes estaban de pleno acuerdo, obedecían las órdenes y disposiciones que dictaba en su despacho presidencial, instalado en el Salón de

Honor de la Alcaldía Municipal del pueblo. Puso en vigencia una especie de reglamento con el calendario y horario de audiencias imitando a los mandatarios de la nación. También quería hacerse palaciego para convertirse como los blancoides en una persona inaccesible al que solo podían ver y hablarle sus colaboradores cercanos. Pero organizaba semanalmente concentraciones de indios donde les hablaba y explicaba, en lengua aymara, de sus proyectos recalcando con mucha convicción que ellos tenían todo el derecho de gobernarse sin necesidad de blancoides ni mestizos. Se rodeó de una aureola de conductor, lo que le permitía imponer una dictadura secante ejerciendo la justicia a su entender; pues había suprimido las oficinas judiciales. Dictaba las sentencias desde un simple arresto policial hasta la pena de muerte, condenaba drásticamente el robo y la deslealtad con multas pecuniarias o en especies y con cárcel. Muchos fueron encarcelados por especulación en los precios de artículos alimenticios o por contrabando. Estos hechos no eran conocidos por el Supremo Gobierno por la sencilla razón que la censura impuesta era drástica, cualquier denuncia o delación era sancio-

nada severamente. Su prestigio crecía cuyos ecos llegaban a los oídos de los indígenas de los lugares más alejados. Estos ya vislumbraban como una realidad cercana la reinvindicación de sus derechos y el retorno del sistema incario.

Entreveía peligroso prolongar por más tiempo la espera para iniciar el levantamiento indio y la toma de las comarcas cercanas como primer paso. Su estrategia consistía en salir de Puerto Acosta con unos cuatro o cinco mil indios. Tomar la población próxima de Escoma y enrolar a su ejército que comandaría, otros tres o cuatro mil y así sucesivamente hasta llegar a La Paz, con una fuerza combatiente, que según sus cálculos podría pasar de cien mil.

De acuerdo a las instrucciones impartidas en cada comarca los propios pobladores asaltarían los recintos policiales y militares para apoderarse de las armas y anular cualquier acción de resistencia. Por otro lado los informes señalaban que una buena parte de los indios contaban con armas adquiridas mediante el sistema de "ramas" o eran restos de la distribución que se hizo cuando la revolución nacionalista.

Los nativos de Pucarani, Viacha, Tambillo, Tiahuanacu y otras regiones de los alrededores de la base aérea y el aeropuerto de La Paz, se encargarían de inmovilizar a los aviones del ejército y de empresas particulares en precaución de evitar el riesgo de bombardeos. Dentro de los planes de ataque a La Paz el repetir el cerco de Tupaj Catari, estaba incluído. Aunque era ilusoria su esperanza, sostenía el convencimiento de encontrar apoyo en los conscriptos indios que prestaban su servicio militar, tenía la seguridad de triunfar si lograba aniquilar a las fuerzas armadas del país antes de un enfrentamiento. Mientras tanto algún partido político de la oposición seguía con mucho interés los preparativos de la sublevación abrigando la esperanza que en determinado momento, acaudillaría el movimiento subversivo para la toma del Poder. Pero Machaka espíritu receloso típicamente aymara desde un comienzo se mostró impermeable a los ofrecimientos de cooperación de los políticos, porque sabía por experiencia que la discriminación racial hacia ellos continuaba en vigencia desde hacen siglos. La guerra de la independencia ni la revolución nacionalista habían logrado modificar semejante situación.

Como advertencia a sus supuestos aliados políticos proclamó la república del Tahuantinsuyo autonombrándose jefe supremo, estableciendo un gobierno compuesto por indios. Tal declaración le valió el calificativo de aventurero, los partidos políticos negaron toda validez social y política a su actitud. Esta circunstancia fue uno de los motivos que le empujó a acelerar los aprestos de la sublevación que podía haberse transformado en historia muy comentada.

Había llegado octubre de 1956 la diminuta república estaba en marcha. El comando del jefe estaba compuesto por los Amautas, dirigentes sindicales y jóvenes bien decididos, valientes, escogidos en las comunidades de la provincia. Todos ellos desempeñaban cargos directivos en la organización de los grupos combatientes.

De acuerdo a sus planes, previo anuncio a sus adeptos, tomaría las poblaciones que de antemano estarían bajo control de los indios, de este modo el jefe aymara no haría otra cosa que ingresar triunfalmente y tomar posesión de tierras y vidas. Por tanto en un principio no tendría necesidad de movilizar grandes contingentes, sería suficiente

un grupo de cien o cincuenta hombres. Así paulatinamente iría abarcando todo el territorio y la naciente y pequeña república del Tahuantinsuyo sería grande. Por la forma simple con que había logrado imponerse en su pueblo natal la campaña le parecía fácil. Entusiasmado con las perspectivas de la victoria ya se veía enviando proclamas a los países vecinos para que allí también los nativos hicieran una cosa parecida. Se sentía un triunfador. Por otro lado su figura se agigantaba ante sus hermanos de raza, circunstancia que lo convirtió en un ególatra que le hizo dar traspiés que más tarde serían su perdición. Impuso mayores contribuciones a todas las comunidades que estaban bajo su mando. Las rentas estaban fiscalizadas sólo por él y su esposa. En relación a los demás campesinos llevaba una vida cómoda, iba camino a ser un magnate. Parecía seguir las huellas que habían dejado en toda la historia republicana aquellos blancoides que fueron los guardianes de turno del Palacio de Gobierno, detentadores de un Poder que no les correspondía.

Por su parte la esposa de una inteligencia singular colaboraba eficiente-

mente al Jefe Machaka en el manejo de la administración fiscal. Igual que él imponía un régimen dictatorial porque creía que este sistema era una de las condiciones básicas para seguir adelante. Ella con visión más clara suponía que ya era tarde para dar un paso atrás y no existía otra alternativa que mantenerse y llevar a cabo todos los planes pasando por encima de cualquier obstáculo o sacrificio. Llegó un momento en que Machaka le concedió muchos privilegios y autoridad. También tuvo su guardia personal con la que recorría las ferias de los pueblos aledaños para controlar los precios de los artículos de consumo y la recaudación de impuestos. Llevaba el atuendo de chola de ciudad engalanada con joyas. Poseía palabra fácil y convincente que le permitía persuadir a los indígenas que aún no habían entrado al paso que marcaba el jefe, logrando conseguir el apoyo incondicional. En este aspecto de la intervención de la mujer en hechos de proyecciones de gran magnitud se repite la historia, en cierta manera de Bartolina Sisa. Indudablemente ella significaba una cooperación de gran valía para llevar a la realidad los proyectos.

Como el Poder siempre corrompe al hombre, al cabo de tres meses el Presidente indio no pudo substraerse a esta fatalidad que envuelve a aquellos que se olvidan del temple rectilíneo de sus antepasados, se encaminaba por una ruta peligrosa; la de convertirse en un dictador cruel, omnímodo, imponiendo su voluntad como única ley, enriqueciéndose al márgen de las necesidades de los de su raza, de quienes se decía su libertador. Parecía un remedo de los dictadores despóticos que tanto abundan en muchos pueblos del mundo. No cabía duda que su contacto con los blancoides había ejercido una influencia maléfica. La mujer también tenía sus ambiciones, adquiría, cada día, mayor valimento en todas las decisiones para después compartir los triunfos de igual a igual. Asimismo entre sus colaboradores se iban agudizando las rivalidades, creando un pernicioso malestar en las diferentes regiones, donde la autoridad del Presidente del Tahuantinsuyo se había consolidado dictatorialmente con los consecuentes resultados de malquerencias y resentimientos que a la larga originarían una grave oposición. Además todos los dirigentes de la Federación campesina provincial se adjudicaban los

mismos derechos y la misma capacidad para instaurar un gobierno propio. En resumen las ambiciones se habían desatado, lo cual había de ser funesto para las razas autóctonas.

De este modo en Escoma, población cercana a Puerto Acosta, se suscitó una seria divergencia; unos apoyaban a Machaka y otros estaban en contra, principalmente por razones de preeminencia en la jefatura del ya supuesto gobierno incaico y las arbitrariedades que sufrían. En este pueblo continuaban funcionando las reparticiones oficiales. Los dirigentes sindicales no habían depuesto a ninguna autoridad oficial, porque el grupo disidente, que era la mayoría, apoyaba a los blancoides.

Entretanto Machaka trazó sus planes para tomar Escoma por asalto contando con los partidarios que se encontraban dentro. Carente de una debida preparación estratégica militar y civil que obraba simplemente de acuerdo a su intuición, tuvo la mala ocurrencia de enviar previamente una notificación, como una especie de reto, anunciando su ataque para el domingo 21 de octubre de 1956. Estaba convencido que su sola presencia causaría pavor a los habi-

tantes de Escoma y que sus partidarios actuarían de acuerdo a sus instrucciones, por tanto aquella población ya la tenía por ocupada.

El sábado 20 por la tarde el Intendente de Policía E. Imaña y otras autoridades gubernamentales, que estaban enterados de los métodos nada suaves que usaba aquel para imponerse resolvieron oponer resistencia, disponían de armas además contaban con la población indígena contraria al jefe aymara. Realizaron un Cabildo abierto para discutir la situación y adoptar las determinaciones para la defensa de Escoma. La policía por ese entonces poseía un buen número de municiones lo cual era una base para los planes de defensa.

Los indígenas fueron conminados a presentarse con sus armas. Estos al parecer sin preveer las consecuencias futuras que redundarían en perjuicio de ellos mismos, sólo animados por el deseo de hacer fracasar a Machaka aceptaron las órdenes policiales y constituyeron grupos armados que fueron acuartelados en varias casas de los vecinos blancoides.

En la suposición que el ataque podría ser por la noche o a la madrugada del domingo, se ubicaron destacamentos mixtos de indios, policías y vecinos en las orillas del río que bordea Escoma, rodeando prácticamente el poblado. Se abrieron trincheras en las calles de acceso y en el campanario de la Iglesia y los techos de las casas se situaron carabineros armados.

Para evitar que Machaka fuese advertido de los preparativos bélicos, el Intendente hizo cerrar todas las salidas del pueblo suspendiendo el tránsito de los habitantes, le cortaron de esta manera cualquier comunicación con sus partidarios. Los escomeños pasaron la noche en tensión, vino el amanecer del domingo sin registrarse ninguna novedad.

Mientras tanto, el Presidente Aymara preparaba su marcha hacia Escoma sin grandes aprestos. En reunión con sus más íntimos colaboradores se decidió que llevaría una escolta de cien a doscientos hombres y partiría cerca a las once de la mañana del domingo para llegar a Escoma a medio día, en el momento en que la feria campesina esta-

ría en todo su auge con la concentración de grandes masas, circunstancia que favorecería al logro de sus objetivos, dando por descontado que esos campesinos se plegarían a la subversión, siendo cosa de minutos el sometimiento completo de los blancoides. No tuvo precaución de formar destacamentos armados en retaguardia para hacer una retirada estratégica en caso de ser repelido. Esta subestimación de lo que ocurría en Escoma iba a costarle el fracaso completo de sus sueños y la vida misma. De lo contrario si por un instante hubiera reflexionado sobre el poder del rencor y la rivalidad de ambiciones, hubiera podido lograr levantar en pie de guerra a unos cuatro mil indios de la región donde gobernaba desde hace tres o dos meses. Parece que el destino histórico de los pueblos y la falta absoluta de un método político-social lo llevó a su total aniquilamiento. Este brote subversivo caracterizado por una dirección absolutamente intuitiva, significaría la muerte del ideal indígena de constituír su propio gobierno en un país donde es mayoría.

En aquel domingo el sol comenzó a lucir con todo su esplendor en la sobe-

rana vibración altiplánica. Escoma despertaba al día con nerviosismo. Los vigías que se encontraban en el campanario de la iglesia y de las serranías circundantes no avistaban ningún movimiento de gente por el camino. Las autoridades y vecinos pensaron que se trataba de una falsa alarma y posiblemente no sucedería ningún ataque. Llegadas las 12 horas, cuando se disponían a dar órdenes de retiro de los hombres armados, se escuchó la voz de alarma de los centinelas indicando que por las alturas de Puni venían camiones cargados de indios enarbolando una bandera roja y negra, que se presumía era de la llamada república del Tahuantinsuyo. Los vehículos que encabezaban la caravana se detuvieron al llegar al puente de Watahuaya que dá acceso al pueblo de Escoma. Descendieron numerosos armados dirigidos por Machaka y empezaron a disparar contra la vanguardia defensiva. Machaka portando una ametralladora intentó tomar el puente pero lo contuvo una nutrida descarga. Iniciada la batalla cada bando a lo único que iba era matar y matar al mayor número de enemigos. En ese momento los aymaras, hijos de una misma raza sometidos a un destino de opresión y discriminación, se

mataban con furia salvaje olvidando sus comunes anhelos de liberación, empujados por una rivalidad incubada en los poderes dictatoriales de Machaka y fomentada por los blancoides.

Entre tanto el Intendente de Policía dispuso el refuerzo del puente de Watahuaya, en previsión de que pudiera llegar el grueso de los atacantes. No se imaginó que el jefe indio apenas si contaba con doscientos hombres. Al cabo de unas tres horas de lucha, el caudillo con pavorosa sorpresa se dio cuenta que se le agotaron las municiones y entre su gente los disparos eran muy espaciados. Entonces en un último acto de valentía intentó reagrupar a sus compañeros, pero muchos de ellos dejando a los heridos y muertos emprendían veloz retirada al comprobar el enérgico rechazo y la superioridad de fuerzas. Machaka logró empuñar el rifle de uno de los caídos y siguió combatiendo en actitud de feroz desesperación por algunos minutos más. Los defensores del puente al advertir su situación avanzaron victoriosos.

Son las tres de la tarde de aquel domingo, octubre de 1956, en que se da

fin al anhelo intuitivo de un hombre que creyéndose superior, elegido por su Dios Wiracocha, quería demostrar al mundo que la estirpe de la raza no había muerto y se alzaba invencible. Vanas ilusiones que se desvanecen, el cantar de un coraje, de un ímpetu de rebeldía cae en el avatar de una derrota que se convierte en dos derrotas, porque son sus propios hermanos de raza que lo fulminan.

Un sol de primavera en el cielo azul profundo de ese altiplano de inabarcable soledad, cae sobre los tejados de las humildes casuchas con reverberos de haz vibrante de luz. Nunca como aquella tarde el altiplano muestra su naturaleza en una magia trágica de su poder panteista que a través del tiempo y el espacio, la mística de un pasado se transforma en el minuto desgraciado de todos los aymaras.

El hierro ya no ruge, el vocerío de los insultos se ha acallado. El cuerpo sangrante de Machaka llega al recinto policial, sus enemigos lo muestran como un glorioso trofeo de aquellas dos horas de refriega. Por el pedido expreso del herido se hace venir al Párroco de Escoma Fray Juan, quien como ami-

go le toma la confesión. Machaka no pierde las esperanzas de salir de ese despiadado reto del destino, se aferra a la amistad del sacerdote para ponerse en contacto con sus aliados de Escoma. Se abalanza a sus brazos con los estertores de la muerte con la tenacidad de sobrevivir para realizar su sueño. Avido de esperanza quiere gritar el Hallalla glorioso de sus antepasados y la voz se enmudece en mil cuchillos de hiel y sangre que se esparcen por sus entrañas. El amigo sacerdote prueba mitigar su dolor físico y espiritual. Le habla de Cristo, de los proscritos, de la redención del hombre. Pero Machaka no entiende, un espasmo de dolor por un instante lo hunde en la inconciencia. Vuelve a la lucidez mental, con la idea fija de llamar a sus aliados. Con voz tartajeante comienza su monólogo a manera de confesión. Un ramalazo lacerante de vez en vez le interrumpe. Al rememorar los meses de su gobierno no se queja de sus heridas, pero su sangre continúa enlodando el piso de la celda. Por momentos Fray Juan no entiende las palabras. Su fuerza de voluntad decae porque el sufrimiento muerde sus entrañas que se desborda en un gemido, que más parece un aullido de fiera herida.

"¡No quiero morir!... ¡NO!... ¡NO! Parece que para él no cuenta la muerte, solo el anhelo de vivir restalla su mente impulsándolo a esfuerzos sobrehumanos para seguir hablando, mientras su vida va descendiendo por la pendiente irremisible hacia la muerte. Padre Juan, dice musitando el ruego que más se adivina en sus ojos que se escuchan sus palabras. "Haga venir a un médico, que detenga esta sangre, después mis curanderos me pondran como nuevo". El fraile quiere incorporarse para pedir auxilio médico, pero él se aferra al brazo y sus manos crispadas con desesperación clavan sus uñas en el vestido del amigo.

"Quiero que lo sepa todo, dice: Ellos los que se dicen nuestros patrones, los que se dan el derecho de gobernar a más de tres millones de indios, los que nos menosprecian negándonos a vivir como seres humanos de acuerdo a nuestras tradiciones, a la sabiduría de nuestros antepasados, tendrán que someterse a nuestras leyes que ya he puesto en práctica".

—Padre Juan, —dice el moribundo haciendo un supremo empeño por modular las palabras— tantos siglos de ser-

vidumbre debe terminar. La hipocresía de los blancos es tan grande, que se han apropiado de nuestro pasado. Ante el mundo entero se muestran como los descendientes de los Incas, herederos de toda la gloria dejada por los aymaras y queschuas. Nos usurpan hasta nuestra música que era el único refugio para disipar el sufrimiento de parias. Ahora, Padre Juan, está de moda tocar y bailar nuestra música y nuestras danzas. Pero cuando se trata de reconocer al indio —continúa Machaka—, como un ser con inteligencia y sentimientos ya no hay tradición ni herencia incaica que valga. Ellos los blancoides fueron y siguen siendo los caballeros a quienes debemos guardarles respeto, no podemos hablarles de igual a igual. La separación del blancoide, de los indígenas no ha cambiado desde la conquista de los españoles. ¿Esto es justo, Padre? Tanto es el desprecio que sienten por nosotros, que un indio jamás puede intentar casarse con la hija de los que se hacen llamar caballeros, el indio trabaja por tres sin poder saciar su hambre. Nosotros que amamos la tierra no somos dueños absolutos. Nos arrastramos junto a los bueyes y el arado para que produzcan frutos para llevar a la mesa de los blancos. ¡Por qué, Carajo!!!

Con el dolor remordido como un alucinado pugna por proseguir su monólogo. Parecería que su lengua se ha convertido en colgajos, su voz se hace inaudible, en un murmullo clama la ayuda de sus dioses; de Pachamama y Wiracocha. Quiere defenderse contra la muerte que llega antes de tiempo, la palabra se hace un grito desgarrador.

Amigo, dice, estamos listos para tomar todo Bolivia y los blancos serán lo que hoy somos nosotros. En un intento de soltar la carcajada sólo logra abrir la boca en un estertor.

El omnímodo Presidente Aymara que gobernó una provincia por tres meses, se debate en espasmos de agonía, vencida su voluntad, trizado su poder en mil pulsaciones de angustia, sólo pide un poco de vida para dar la revancha a los traidores. Tendido en el suelo sobre dos sacos de yute con dos hilachas de sangre que le cuelgan de los labios intenta gritar. ¡Vengan a sacarme de aquí! ¡No dejen morir a su Presidente!... La frase termina en un gemido agudo que estremece al sacerdote, éste se agacha compungido para tomarle el pulso, comprueba que aún late. Sale de la oscura

celda para buscar al médico rural. Machaka queda ensangrentado de cuerpo y alma.

Entre tanto la tarde de aquel domingo se esfuma en las sombras de la noche, toda la pampa queda silenciosa, una constelación de estrellas parpadea en el firmamento azul, como queriendo rasgar la negrura que envuelve la infinita distancia de la meseta que se tiende en los repliegues de las serranías vecinas. El viento de la puna hace vibrar rumores misteriosos, el quejido de la quena o la zampoña, el mugido y balido de los apriscos forman la oración del día que se duerme. Y un grupo de indígenas avanza sigilosamente por las callejuelas desiertas de la aldea, cruza la plazuelita triste y solitaria como un cementerio, acercándose silenciosamente al recinto policial, que en esos momentos no tiene guardias. Los indígenas como sombras espectrales, se introducen en la celda donde Machaka yace debatiéndose en la fiebre tormentosa. En la oscuridad guiados por la fatigosa respiración del agonizante se acercan, éste con ese sexto sentido que tiene el ser humano en los últimos instantes de la vida adivina el peligro, escucha el ingreso de

los intrusos. Haciendo un esfuerzo sobre humano pregunta. ¿Qué quieren de mí? No hay respuesta, siente una mano, que se le hace inmensa, tapándole la boca, mientras otras manos envuelven su cuerpo sangrante en un manteo y lo alzan en vilo. El grupo con el mismo sigilo sale hacia afuera y gana la calle, en una de las esquinas esperan otros.

Alguien pregunta en aymara: ¿nadie los vio? No, es la respuesta lacónica. Una voz de mujer dice: ¿puso resistencia? El más joven que apenas parece tener 15 años responde, no, está tan mal herido que apenas dijo un murmullo y cuando lo alzamos creo que se desmayó, quizás ya está muerto. No importa, dice, el de más edad, quien es el amauta de la comarca que se había declarado adversario de Machaka. Lo importante, recalcó tenemos su cuerpo.

Siempre en lengua aymara, otro comenta, "hay que apresurarse puede ser que algún policía se dé cuenta de la desaparición de este descastado y venga en nuestra persecución". Los hombres vestidos con ponchos negros emprenden la caminata hacia su comunidad, encabezando la macabra comitiva los que llevan el cuerpo en una camilla

improvisada. Avivan la marcha como sólo pueden hacerlo los nativos del altiplano con un paso tan rápido, que sin parecer que están corriendo su velocidad es realmente de una carrera.

La noche es oscura, el viento frío que sopla de la cordillera de los Andes, hace agitar los ponchos como grandes alas de cuervos que estuviesen volando a ras del suelo. Uno de ellos comenta. "Esta noche está negra y hace más frío que nunca, sin embargo, que la Wara-Wara se ve en el cielo muy hermosa". Nadie sigue la conversación. Todos están ansiosos de llegar a la casa del amauta. Allí se llevará a cabo el ritual de ofrenda a sus antepasados y a la Pachamama.

Luego de dos horas de caminar entre las sombras vislumbran el campanario de la pequeña iglesia, pasan por la puerta y siguen hacia una casa que parece ser la más grande de la comunidad. El silencio es roto por los ladridos de los perros del sacerio, que se escuchan como notas dolorosas presintiendo lo irremisible. El lúgubre acompañamiento llega frente a la casa que sirve de templo a los dioses de los nativos. Ingresan al redondel que está lleno de in-

dios. Algunos llevan bombos, quenas y zampoñas. El cuerpo de Machaka cae al suelo, con el impacto del golpe recobra el sentido y lanza un aullido de dolor, mientras a lo lejos canta un gallo. Es la hora dicen en coro; los más jóvenes levantan el cuerpo casi exánime y lo colocan sobre una especie de mesa de adobes adornada con kantutas y aguayos. En una esquina reluce un sol de oro, de 4 diámetros, a la luz de una antorcha, en todo el redondel los indígenas, mujeres y hombres con sus respectivos amautas e ilacatas, mascan coca alternando con bebidas alcohólicas que se sirven de un vaso de plata. Uno de ellos, dice, menos mal que se ha recobrado, así nuestros dioses recibirán mejor la ofrenda.

Se guarda un momento de silencio y el más anciano de los amautas pronuncia la sentencia, siempre en su lengua aymara: "Por mandato del Dios Wiracocha, del Dios Sol, de la Pachamama y de nuestros antepasados cumpliremos el rito más sagrado de nuestra raza. Machaka quisiste empañar las glorias que guardamos celosamente con tu conducta indigna y torcer el destino del pueblo del Tahuantinsuyo. ¡Cómo un

desagravio y ofrenda para que el amanecer de nuestra redención llegue pronto, serás sacrificado en este altar con la presencia de los espíritus de nuestros achachilas! !Podías haber sido entregado a la voracidad de los perros y los cuervos, pero las hojas de coca nos han revelado que mereces el perdón de una muerte digna! ¿Machaka estás dispuesto? Termina diciendo el amauta.

La terrible sentencia le devuelve toda su lucidez mental. Había soñado con ser el Jefe Supremo, ser Presidente de la República aymara. ¿Su muerte era necesaria? ¿Debía defenderse hasta el último álito de vida? ¿Qué hacían sus aliados que no venían a salvarlo de esta muerte estúpida? No, no les dará gusto se levantará y escapará. Todo esto se dice en unos segundos sin tomar conciencia que apenas si respira, es un guiñapo contraído por la tortura de las heridas que se abren en su cuerpo como rosas agostadas por los coágulos de sangre. Una y otra vez se repite ¡tienen que pagarme, les daré la revancha!

Al grito de Hallalla el más vigoroso de los jóvenes levanta un gran cuchillo y clava en la yugular de Machaka. Sale de su garganta un riego sanguíneo que se recibe en un recipiente de arci-

lla y se distribuye a los de más jerarquía. Antes de beber riegan con algunas gotas la tierra y las cuatro esquinas del redondel como ofrenda a la Pachamama. Con incisiones certeras el cuerpo es descuartizado, los pedazos se reparten, primero a los amautas, a los ilacatas y luego a los ancianos y jóvenes (hombres y mujeres) que se han distinguido por conservar las tradiciones de su raza.

Beben y mascan coca hasta el amanecer; las quenas y zampoñas acompañadas de bombos ejecutan los tristes y nostálgicos huayños, cuyas notas parecen sonar a duelo en lamentos que se prolongan al dominio infinito de las cumbres solitarias de los Andes. Las mujeres, hombres y jóvenes danzan alrededor del altar dónde quedan el Sol de oro, las kantutas agostadas por los salpicones de sangre, la camisa y el pantalón ensangretados del que fuera Presidente del Tahuantinsuyo.

Al rayar el alba, cuando se asoma el claror de otro día con un cielo azul que en sinfonía de colores desparrama la vida en mil promesas de ímpetus potenciales, la exaltación mística de los

aymaras asciende hacia un futuro de poderosa pujanza que se proyecta en senderos de liberación. Y la fiesta continúa hasta las últimas horas de ese lunes de octubre de 1956, mientras termina la aventura o el sueño del indio que intentó fundar una república de aymaras y queschuas en este siglo de las computadoras y el control de natalidad.

El sacrificio de Machaka sembró la esperanza para cosechar las gavillas del trigal que dignificará el pan de cada día de sus hermanos, compañeros de angustias y desventuras. La lágrima que aún respira en las pupilas de aquellos que lo quisieron y creyeron en él, volverá un día en caudales de riegos promisorios.

Para Machaka no se abrió la tumba, se abrió el corazón de todos los de su raza. La tierra recibió su sangre para que Wiracocha y Pachamama despunten en los trigales, en los apriscos con la gloriosa alegría de un Hallalla de esperanza sobre un pueblo que jura su felicidad para un futuro cercano.

E P I L O G O

La aventura de Machaka, sus sueños, sus ambiciones, su corta vida de líder de una pequeña república aymara y su muerte absurda es la repetición de la historia, en la que tuvo particular acción la falta de una preparación doctrinal y las contradicciones de la sociedad moderna levantada sobre la injusticia y el despotismo.

Durante su breve gobierno reflejó, respecto al sistema incario, una desigualdad material, cultural y una represión ejercida hasta la crueldad, como resultado de la dependencia del blancoide. El mismo hecho de haberse creado división, en un empeño que no podía admitir discrepancias como es el sacudir la servidumbre que pesa sobre el indígena, trasluce el ejemplo de los partidos políticos que sufren una serie de fraccionamientos sectarios.

Por otro lado la sociedad en que vivimos está retrotraída a un estado de barbarie permanente. Las condiciones de vida se vuelven intolerables para las mayorías, lo cual origina el consecuente antagonismo que tiene vigencia cotidiana con su secuela de calamidades y crueles métodos represivos. Si bien el hombre moderno proclama su libertad de pensar, de actuar y el siervo de ayer ya no está encadenado al feudalismo; la lucha por el Poder y el privilegio suscita violencias enconadas. Las artes, las instituciones y las costumbres nacen, viven y mueren en constante pugna, las relaciones económicas aún son las que determinan la clase social a que debe pertenecer el individuo.

La humanidad ha caminado mucho a través de los siglos en pos de construír una vida de paz y bienestar, sin embargo, este planteamiento ni en los países altamente desarrollados ha sido resuelto. Las congojas del hambre y la desesperación de la miseria no han desaparecido. Asimismo las discriminaciones raciales como en el caso del indio o del negro tienen carta de ciudadanía.

Este fenómeno social - económico mantiene a la mujer y al hombre en la libertad condicionada, en la limitación de sus aspiraciones materiales y morales, en la dependencia sempiterna al Poder. Fenómeno que se agudiza en los países subdesarrollados en que grandes masas están alejados de la civilización. Así sucede en el país, particularmente con el indio que está apartado de la realidad social en la que vivimos, él tiene otros valores heredados de sus antepasados cuando formaban un pueblo libre y soberano.

A esto se añade que es un grupo étnico disgregado en dos clases. La una como labriego lleva una vida totalmente ajena a los problemas nacionales e internacionales por varias razones: por

la falta de comunicación con los centros urbanos, por el analfabetismo de una mayoría considerable que no sólo significa el desconocimiento de las letras del alfabeto, ya que sabemos que la educación no sólo es escuela, porque no se ha hecho un intento serio para integrarlo a la nación como partícipe activo. Por tanto no mira lo que ocurre más allá de sus comarcas. Sólo se interesa cuando las circunstancias mellan sus intereses y lógicamente no se inclina por la militancia política. Este grupo podría tipificarse como una clase media rural.

La otra es el sector desplazado de su orígen rural incorporado al engranaje de la producción capitalista; sea como trabajador minero, fabril o constructor, consecuentemente sometido a la explotación de su fuerza de trabajo con salarios por debajo de las necesidades de la vida urbana. De este modo engrosa las filas del proletariado a medida que se amplían los centros de trabajo manufacturero o industrial. Adquiere una nueva visión de las condiciones en que existe, mira a la sociedad como expresión de injusticia, como negación a sus derechos humanos y llega al convencimiento que deben hacerse cambios pa-

ra implantar un régimen justo, positivo en beneficios materiales, culturales y espirituales, lo cual lo empuja a buscar y adherirse a partidos políticos que de alguna manera traducen las aspiraciones a una vida mejor.

Pero aún hay otro sector pequeño que se dedica a diversos menesteres en las ciudades de acuerdo a su capacidad mental, que lo conduce a su desclasamiento convirtiéndolo en una casta que está entre la clase media y el proletariado. Sus ambiciones generalmente se circunscriben al engrandecimiento económico y a la lideralización de grupos aymaras o queschuas. A esta capa es a la que pertenece Machaka, que a más de ser labriego, se radicó en La Paz, dedicándose a varias actividades, entre ellas la de chófer, quién dándose cuenta que los indios sufren miseria y discriminación racial, situación que viene desde la Colonia, toma el camino de la reivindicación pero por medios equivocados formados bajo la influencia del blancoide, cuya consecuencia es su muerte y una actitud malbaratada, perdiéndose una interesante perspectiva para los pueblos indígenas de esta parte del continente.

El descuartizamiento del cuerpo de aquel como castigo a las crueldades cometidas y a nombre de un rito sagrado ofrecido a los dioses aymaras, seguramente mueve a horror y podría calificarse de un crimen monstruoso. Pero si miramos a nuestro alrededor, encontramos que esta muerte pierde esa su monstruosidad al lado de los ejemplos que nos dá la historia universal. Lo del líder aymara no es más que el producto de un primitivismo que podría calificarse de ingenuo. La civilización forjada por inteligencias cultivadas en grado superlativo, es un arsenal de armas destructivas que siembran la muerte con ferocidad salvaje. Así tenemos como un orgullo de la ciencia y de la mente del investigador científico, a la bomba atómica que convertida en una de las armas más temibles ha sido experimentada en la masacre de todo un pueblo, HIROSHIMA, donde con una sola bomba del tamaño de una pelota de tennis, se mató impunemente a miles de mujeres, hombres y niños y quedaron otros miles lesionados física y moralmente llenando las casas de salud del Japón, en nombre de una democracia que legalizó el crimen en aras de una libertad ficticia. Los campos de concentración con sus ho-

rrendos crematorios por la insanía de unos cuantos que creían en la supremacía de raza. Las cárceles son centros de tortura, donde con una sangre fría admirable se experimentan los inventos de métodos sanguinarios del hombre civilizado, comenzando por las maquinitas de detectadores de mentiras, terminando en el refinamiento de los suplicios que causan la muerte paulatina de los infelices que caen en la desgracia de pensar y actuar de acuerdo a sus ideas de libertad o de tener el lujo de una conciencia incorruptible, de no saber arrastrarse y querer vivir de pie, de no doblar las espaldas sino erguirse para mirar de cara al sol, de mantener la honestidad como una bandera abierta a los cuatro vientos, de tener como única riqueza el coraje de buscar la verdad y la justicia.

La sociedad moderna se enorgullece de los fabulosos avances de la ciencia, el perfeccionamiento de la tecnología nos asombra por sus excepcionales creaciones. Se conquista el satélite lunar, se emprende la apertura de nuevas rutas hacia otros planetas. En la ciencia médica se elaboran fórmulas para combatir con más eficacia las do-

lencias físicas y los transtornos psíquicos, se inventan aparatos, artefactos que van hasta la sofisticación para dar mayor comodidad al habitante de la tierra. Las distancias ya no cuentan porque los medios de transporte aéreo cruzan los continentes con velocidades increíbles. Esto significaría que la sociedad actual ensoberbecida de su civilización, es una maravilla técnica y científica que permite una vida extraordinariamente fácil y divertida. Pero el hambre, la miseria, la injusticia y la servidumbre continúan. Y llegamos a la conclusión que los indios, que viven en el primitivismo, son menos sanguinarios para castigar a sus adversarios.

Pág.

El indio Laureano Machaka 9

Epílogo 51

Document Outline

- Machaca001
- Machaca002
- Machaca003
- Machaca004